



DE MARINERO A TRAPISTA

I.

Cuando ya todos los héroes
Que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide
salió para darle encuentro,
siendo por él derrotado
del Sur en los campamentos;

se le ofreció por amigo,
se le entregó como adepto
y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatepam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II.

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como Jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates, que aniquilaron
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa-Anna
quienes con gran ardimiento

Alcanzaron el triunfo
 contra un brigadier ibero
 que vencido y desarmado
 con su flota dejó el puerto.

III.

Cuando ya sin ingerencia
 en asuntos del Gobierno
 tranquilo en el Sur vivía
 el indomable Guerrero,
 por temor á su fiera
 un crimen se tramó en México

El General Bustamante
 y sus Ministros, creyeron
 oportuno darle muerte
 al soldado de Morelos;
 y hay quien diga que hubo alguno
 que así exclamó en el consejo:
 "á ese suriano terrible
 hay que quitarle de enmedio"

No era fácil darle alcance
 ni era posible vencerlo,
 y á un genovés, Picaluga,
 corazón infame y negro,
 como á Judas lo compraron
 para consumir el hecho

Picaluga tenía surto
 un bergantín en el puerto
 de Acapulco, y era amigo
 del bravo adalid del pueblo;
 lo convidó una mañana,
 á principios de Febrero,
 á almorzar en el "Colombo,"

el héroe asistió al almuerzo,
 y en cuanto le tuvo á bordo
 se dió á la vela ligero,
 y fué á entregarlo en Huatulco
 á las fuerzas del Gobierno

Por aquella negra infamia
 cobró cincuenta mil pesos;
 y nadie supo á qué sitio
 huyó el traidor marinero

En tanto al héroe suriano
 A Oaxaca lo trajeron,
 lo juzgaron á su antojo
 En ridículo consejo,
 mil crímenes le imputaron,
 mil faltas le supusieron,
 y ya sentenciado á muerte
 lo fusilaron enfermo,
 en la villa de Cuilapa
 el catorce de Febrero
 del año de treinta y uno...
 ¡año en nuestra historia negro!

Cuando en el Almirantazgo
 de Génova, conocieron
 la infamia de Picaluga,
 publicaron un decreto
 declarándolo ante el mundo
 traidor, villano, y artero:
 sentenciándolo á que muera
 por la espalda, sin derecho
 á sepultura sagrada,
 ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años
y el más profundo misterio
veló á todos el destino
del infame marinero.
Contábanse mil consejas
que amedrentaban al pueblo;
pero la verdad, lo triste,
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtia,
el soldado de Morelos
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
Y rubor á su Gobierno.

IV.

Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí algunos años
de rogar al Sér Supremo,

que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fuí su instrumento,
nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.
Soy Francisco Picaluga...
—Picaluga!!

—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento,
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero.

JUAN DE DIOS PEZA.



LA RETIRADA DE ACAPULCO

El castillo de Acapulco
Cubierto de espesa sombra,
Su torreón iluminaba
En noche tempestuosa.
Alzaba la mar sus aguas
En negras, rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas
Al pie de la fortaleza
Está la insurgente tropa;
Y en lo alto de las murallas,
La guarnición española
A la lucha se previene,
Y proyectiles apronta.
Súbito se escuchan tiros,
Y aquella gente furiosa
Prorrumpe en gritos atroces
Con que su odio pregona.
Salea del Castillo fuera
Los sitiados, y se arrojan
Mil guerreros veteranos
Contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
Del gran Morelos la tropa;
Mas ¡ay! que al punto comienza
De los libres la derrota.

El insurgente, que mira
Que á sus soldados destrozan
Y que huyen despavoridos
Y el estandarte abandonan,
De este modo los devuelve
A su patria y á la gloria:
—“Prefiero perder la vida
“Y no ver vuestra deshonra;
“¡Pasad antes por mi cuerpo!”
Dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
Su voz marcial y sonora,
Y sus hombres se detienen,
Y se retiran en forma.
En tanto la mar terrible
Alzaba rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.

MANUEL DE OLAGUIBEL.



ATLIXCO

Al Sur de la hermosa Puebla
de los Angeles nombrada,
distante unas ocho leguas
(medida antes de distancias)
se extiende un ameno valle
que "de Atlixco" se le llama:
que tiene un cielo esplendente
campos de eterna esmeralda,
y abundantes aguas límpidas
y en invierno, tibias auras;
pues de la tierra caliente
allí es la boca y entrada.

Y en aquél valle risueño,
do ya se cultiva caña
y que trigales produce
que á México le dan fama
y al pie de elevado cerro,
que le sirve de atalaya,
una población alegre
é industrial, allí se alza,
que por "Villa de Carrión"
fué en un tiempo designada.

Ciudad cercada de huertas
—"los solares"—que embalsaman

con el azahar de sus limas
el ambiente, y que regalan
al paladar, exquisitas
chirimoyas y granadas.

Ciudad, que cercanos mira
—siendo una joya preciada—
un milenario ahuehuete,
y hoy de hilados grandes fábricas.

Ciudad que, por su fortuna,
vió nacer en cuna honrada
al que más tarde rigiera,
con ciencia y virtud preclaras,
la importante y muy extensa
grey Angelopolitana;
al ilustre Obispo Vázquez (*)
que honra le diera á su patria,
porque sagaz diplomático,
logró en la corte romana
(que al poder espiritual,
el temporal adunaba)

(*) El señor Canónigo de la Catedral de Puebla, D. Francisco Pablo Vázquez, "ejemplar sacerdote, escritor distinguido, protector de las artes, diplomático hábil, y, para decirlo en una sola frase, mexicano que honró á su patria," según se expresa el ilustrado escritor D. Francisco Sosa en sus "Biografías de mexicanos distinguidos;" fué nombrado por el Gobierno Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de Su Santidad. "El cargo, dice el mismo escritor, era harto delicado, pues ninguna nación europea habia reconocido la independéncia de la República." "Sus trabajos con la Silla Apostólica fueron dirigidos con la habilidad de un gran político, y concluyó, por último, con un arreglo entre la Sede Apostólica y el Supremo Gobierno de la República.—N. del A.)

que fuese reconocida,
contra el esfuerzo de España,
la independencia de México,
felizmente consumada.

Hoy que la primer centuria
celebramos entusiastas,
de la fecha memorable
en que fuera proclamada
por el venerable Padre
de nuestra patria adorada;
justo es que se rememore
hecho de tanta importancia,
pues hizo afirmar el rango
de autónoma y soberana,
en Europa y en América
de la Nación mexicana.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.



RETRATO DE GUERRERO

Color de nocturno cielo
Es el traje del caudillo,
Y, como el borde de un velo,
Está allí, con ténue brillo,
Dorado alamar sencillo.

* * *

Alto es el héroe y delgado;
Con el rostro bronceado;
Cóncavo el pecho saliente;
Al cinto espada luciente,
Y el puño en ella posado.

* * *

Oscuro tiene el cabello;
Limpia la frente tostada;
Y un ardoroso destello
En la profunda mirada,
Que anida en el ojo bello.

* * *

Su nariz es vigorosa,
Y es rojo su labio amante;
Y la patilla sedosa
Borda su oscuro semblante
Con orilla tenebrosa

* * *

Es ativa su figura;
 Hay en su labio dulzura;
 Hay firmeza en su mirada;
 Y la independencia pura
 En su mente venerada.

* * *

Así es Guerrero, el valiente
 Que nunca cejó en la guerra;
 Que en roca y valle esplendente,
 Y en la miseria inclemente
 Siempre defendió su tierra.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



EL CURA DE DOLORES

I.

Cual las aguas del arroyo
 Que corren murmuradoras
 En la risueña campiña
 Formando apacibles ondas,
 Y en cuyas linfas retrata
 El cáliz de tiernas rosas,
 Que sobre su tallo erguidas
 Vierten suavísimo aroma;
 Así un respetable anciano,
 Pacífico y sin zozobras,
 Lleno de dicha y ventura,
 Correr las felices horas
 Contempla tranquilamente
 De su existencia preciosa,
 En el pueblo de Dolores
 Tan celebrado en la historia.
 Digno pastor de la Iglesia
 Su alta misión no abandona,
 Y en su corazón gigante
 Santa virtud atesora.
 Ajeno de acerba angustia
 Y de terribles congojas,
 Cumple fiel con los deberes
 De su carrera piadosa.

Auxilio eficaz les presta
A todos los que lo invocan,
Ora enjugando benigno
Las lágrimas del que llora,
O bien llevando el consuelo
Del infeliz á la choza,
En cuyo pobre recinto
La acerba desdicha mora....

Ese patriarca es Hidalgo,
El cura de la parroquia
De aquel pueblo, cuyos hijos
Con entusiasmo le adoran.
Sobre su frente se ostenta
De las virtudes la aureola,
Frente á ceñir destinada
Del martirio la corona.

II.

Así el venerable anciano
De los sacerdotes honra,
Pasaba su humilde vida
En la comarca dichosa,
Tan venerado y querido
De todos los que allí moran,
Que por su trato amoroso
Padre del pueblo le nombran,
El, al parecer gozaba
De una vida venturosa,
Sin que su frente la anuble
De los pesares la sombra,
Peró un torcedor constante,
Que hasta durmiendo le acosa,
Amargaba eternamente
De su existencia las horas,
Y era el mirar agobiados,
Llenos de angustia y congojas,
A sus hermanos queridos
En esclavitud odiosa.
Noble indignación sentía

Ver la raza vencedora,
Tan tirana como injusta,
Tan cruel como ambiciosa,
Haciendo pesar el yugo
De la opresión española,
Sobre la raza vencida
Que esclava ante el mundo llora.

III.

El patriarca de Dolores,
De alma noble y generosa,
Que amor y bondad sublimes
Su corazón atesora,
Concibe gigante idea,
Cuya magnitud le asombra:
Piensa en romper la coyunda
De la tiranía odiosa,
Piensa salvar á su pueblo
De la férula española,
Pueblo que há tres siglos vive
Maniatado á la picota.
Su afán es salvar la patria
De la abyección ominosa
En que la tiene sumida
La raza conquistadora.

IV.

Era el quince de Septiembre....
Una noche misteriosa
Sobre el pueblo de Dolores
Extendió sus negras sombras,
Envolviendo con su manto
Las cabañas y las chozas,
En donde tranquilamente,
Sus habitantes reposan.
La atmósfera está sin nubes,
Mil estrellas brilladoras,
Cual luciérnagas celestes

El limpio espacio tachonan....
 Son las doce de la noche,
 Noche imborrable en la historia;
 Las campanas de la iglesia
 Pausadamente redoblan,
 Llamando á los feligreses
 Que á la oración los convoca,
 Para que en aquel momento
 Concurran á la parroquia,
 Y antes que el alba riente
 Con su luz esplendorosa
 A disipar empezara
 Del cielo las negras sombras,
 Estaban allí reunidos.
 Con una voz poderosa
 El cura Hidalgo les dice:
 —Hijos míos, llegó la hora,
 Merced á nuestros esfuerzos,
 Si Dios no nos abandona,
 De que termine esta vida
 Que lleváis ignominiosa.
 Llegó el momento sublime
 De que se acabe ya toda
 Tiranía sobre el pueblo
 Que el yugo ya no soporta;
 Y de que al grito solemne
 De independencia se rompan
 Esas bárbaras cadenas
 De la esclavitud odiosa.
 Y que México mañana,
 Al ver sus cadenas rotas,
 Alce la frente altanera
 Que hoy sin esperanza dobla,
 Para que luego arrojando
 Los grillos que la aprisionan,
 Salude á los pueblos libres
 Que el despotismo vil odian.
 Y los que ayer eran solo
 Vasallos de la corona,
 Que gemían bajo el yugo

De la opresión española.
 A las palabras del cura,
 Magnéticas, poderosas,
 De abyectos y humildes siervos
 En guerreros se transforman....
 Fué así como Hidalgo al frente
 De su improvisada tropa,
 Inició la independencia
 Para gloria de su gloria.

El diez y seis de Septiembre
 Sonrieron dos auroras:
 Una fué del nuevo día,
 De la libertad la otra.

V.

Después de que el gran Hidalgo
 Hizo alzarse presurosas,
 Al grito de independencia
 Do quier insurgentes tropas;
 Después de haber difundido
 En las poblaciones todas
 Su noble y gigante idea,
 Noble y regeneradora:
 Después de haber arrostrado
 Entre bosques y entre rocas,
 Los peligros inminentes
 De la guerra aterradora,
 Sin más baluarte ni escudo
 Que su abnegación grandiosa,
 Más fuerte que los cañones
 De las huestes españolas:
 Después, en fin, de diez meses
 De iniciada su gran obra,
 Obrá sublime que tuvo
 A la justicia por norma,
 Plugó á la adversa fortuna,
 Que hasta á los grandes acosa,
 Cayese entre los esbirros

De la nación opresora.
 Presa de aquellos sayones
 Que aniquilarlo ambicionan,
 A Chihuahua le conducen
 Al son de marciales trompas.
 En situación tan difícil
 Su altiva frente no dobla,
 Frente á ceñir destinada
 Del martirio la corona.
 Y allí sus tiranos crueles
 Por infamarlo en la historia,
 Le fusilaron, creyendo
 Darle muerte ignominiosa.
 Mas de la sangre fecunda
 Del eminente patriota,
 Nació el árbol bendecido
 De la libertad hermosa...
 Voló su espíritu al cielo
 Donde los mártires moran,
 Y alzóse al pie del cadalso
 El pedestal de su gloria.

DIEGO BENCOMO



UN SECRETARIO HEROICO

En la villa de Carrión,
 ciudad que hoy nombran Atlixco,
 que fué siempre en su importancia
 cabecera del Distrito,
 del Distrito de su nombre
 que es uno de los más ricos
 del gran Estado de Puebla,
 no sólo por sus plantíos
 de dulce caña de azúcar
 y de renombrados trigos,
 sino por valiosas fábricas
 de hilados y de tejidos,
 como "El León" y "Metepec"
 y otras que nombrar omito;

En esa ciudad, do calman
 los rigores de su Estío
 las brisas de los volcanes
 no muy lejanos de Atlixco:
 fué donde la luz primera
 vió un artista esclarecido
 que del "Goya mexicano"
 llegó á conquistar el título;
 al que reune para orgullo
 del bello suelo natío.
 el de héroe en la independencia,
 título muy merecido.

Luis Rodríguez Alconedo
 llamóse aquel individuo,
 que por ardiente patriota
 fué condenado á ostracismo
 y encerrado allá en España
 en prisión; mas ya concluido
 el plazo de su condena
 regresó al país nativo
 para luchar con denuedo,
 despreciando los peligros,
 por ver á su patria libre
 de yugo opresor é inicuo.

Sonó por fin en Dolores
 de la independéncia el grito,
 y abandonando Rodríguez
 los pinceles, con que brillo
 daba al arte mexicano
 como pintor distinguido,
 y dejando del hogar
 el ambiente dulce y tibio;
 á unirse voló á Morelos,
 aquel inmortal caudillo,
 que con heroico ardimiento
 de Cuautla mantuvo el sitio,
 y en el que prestó Alconedo
 tan importantes servicios,
 que nombrado Secretario
 fué del General invicto.
 Mas cargo de tal confianza
 lo llevó luego al suplicio,
 pues roto de los realistas
 el estrecho y férreo círculo,
 en marcha los insurgentes
 van en grupos divididos,
 y en Apam súbitamente
 es Rodríguez sorprendido.
 Aun cuando logra escaparse
 de tan ingente peligro,
 torna al pueblo á recobrar
 de Morelos el archivo,

al pensar que aquella pérdida
 trae á su causa perjuicios.
 Llega á salvar documentos
 tan caros; mas el destino
 caer lo hizo en una emboscada
 que le tendió el enemigo,
 que, inhumano, á pocos días,
 dá la muerte al buen patricio.

¡Honor y gloria por siempre
 al ilustre hijo de Atlixco,
 que hizo en aras de la patria
 de su vida el sacrificio!

IGNACIO PEREZ SALAZAR.



La misa en el monte de las Cruces

Limpios se miran los cielos,
Limpios por las recias lluvias,
Como al dejar los cristales
Del lago alegre hermosura.
En las hojas de los pinos
Y en las ramas, se columpian
Gotas de cristal luciente,
Que cuando el sol las alumbra
Son diamantes y topacios
Que hechiceros nos deslumbran:
Cruzan las aves cantando,
Los arroyuelos murmuran
Y de las pobres cabañas
Que á lo léjos se dibujan
Escondidas en los montes,
Albo como blanca espuma
Sube del hogar el humo,
Que entre los árboles cruza.
En lo más hondo del bosque
Se abre y remeda llanura
Un despejado terreno
Que circundan las alturas;
O ya empinadas montañas,
O ya cañadas oscuras,
O bien quiebras caprichosas,
En diagonales y curvas



Misa celebrada en el Monte de las Cruces.

Que en mil giros aparecen
Y entre los montes se ocultan.
Es de Salazar el llano
Aquella hondonada brusca,
Por lo singular, hermosa,
Risueña por su yerba.
Por doquiera los madroños
Y los ocotes se agrupan,
O se alinean graves pinos
Coronando las alturas....
Ora esos montes excelsos
Y esas barrancas profundas,
Y esa humedecida yerba
De lindas flores incultas,
Cubren gentes belicosas,
De lujo ó medio desnudas,
Una parte con arneses
Para la batalla dura,
Otra tumultuosa y fiera
En desordenadas chusmas.
Brillan al sol los fusiles,
Aturden discordes músicas,
Y el eco de las trompetas
En las montañas retumba.
Flotan al aire banderas
De seda y lino y de plumas;
Del Tepeyacac la Virgen
Tierna aparece y augusta,
Vestida de sol divino
Y por escabel la luna.
De pronto silencio tocan,
Y se divisa una altura
Que forma peñón gigante
Y que se aísla en las llanuras
En bello altar convertida
Con su blanca vestidura.
La cera pálida ardiendo,
De incienso las nubes puras
Tórnanse bellones de oro

Al subir blancas espumas;
 Y en ese altar, revestido
 De sagradas vestiduras,
 Del anciano de Dolores
 Se eleva la talla augusta,
 Sublime, resplandeciente
 De majestad y hermosura.
 Los cañones, cual reptiles,
 Con hondas bocas oscuras;
 En hileras los dragones
 Con las espadas desnudas;
 Muy erguidos los infantes
 Y en pelotones las chusmas,
 En los árboles y peñas
 La multitud se apaña
 De hombres, mujeres y niños
 De hombres, mujeres y niños
 Que entre la yerba pululan.
 De repente se arrodilla
 Aquella masa confusa,
 Y es que Dios se hace patente
 En la ceremonia augusta;
 Tocan marcha los tambores,
 Rompen el aire las músicas,
 Y con vivas á la patria
 Al Dios eterno saludan...
 En luz, en gloria, en contento
 El bello cuadro se inunda
 Y la "Victoria" cantando
 Hosannas, los aires cruza.

GUILLERMO PRIETO.



La noble acción de Bravo

I

Ayes de muerte, gemidos,
 Gritos roncros, maldiciones,
 Trueno y rodar de cañones,
 De clarín bélicos ruidos,
 Empujados, confundidos
 Caminan sin saber dónde;
 Un eco á otro responde
 De guerra en la Nueva España,
 Y huyendo de la campaña
 La vida tiembla y se esconde.

II

Hablan un mismo lenguaje
 Los que lidian y se matan,
 Que de exterminarse tratan,
 Ardiendo en ciego coraje.
 Sigue la lucha al ultraje
 Tenaz, sangrienta, enconada,
 Y la humanidad hollada
 Ve al infeliz prisionero
 Caer al golpe del acero
 Apenas suelta la espada.

III

Fuerte el león castellano,
 La temible garra extiende,

Y su conquista defiende
 Con un valor soberano:
 El indio, á tocar cercano
 La redención que desea,
 Con noble rabia pelea:
 Ninguno ceja en la guerra,
 Y pisan, en vez de tierra,
 Charcas de sangre que humea

IV

La piedad alza su vuelo
 Del horroroso exterminio,
 Y va á fijar su dominio
 Tras de las nubes del cielo;
 Cuando entre el llanto y el duelo
 Dice un acento: "PERDON,"
 Y ante esa noble expresión
 Que un eco de Dios parece,
 Ruge, brama y... enmudece
 La voz de la destrucción.

V

De pie, sereno, imponente
 BRAVO aparece triunfando;
 Luz de clemencia bañando
 Está su espléndida frente;
 A sus pies ansiosamente
 Turba inmensa conmovida
 "Gracias" repite rendida,
 Y "gracias" el viento gime,
 Llevando el himno sublime
 Que entona alegre la vida.

VI.

Trescientos tuvo en su mano
 El héroe, por un momento,
 Y en vano el resentimiento,

"¡Mata!" le gritaba insano.
 Grande, clemente, cristiano.
 Mostró de su alma la anchura,
 Y como ofrenda más pura
 De eternidad y esperanza,
 Inmoló la ruin venganza
 De un padre en la sepultura.

VII.

¿Qué más cumplida victoria,
 Qué alientos más inmortales
 Recoger en sus anales
 Pudo algún tiempo la Historia?
 Apartarse de la escoria
 Del que se venga cruel,
 Es ganar mejor laurel
 De los que aquí se ambicionan:
 Los que como Dios perdonan,
 Eternos son como El.

VIII.

Bien haces, tierra leal
 Que al héroe magno dió vida,
 A su efigie bendecida
 Labrando ancho pedestal.
 Para su estatua inmortal
 Abre en tus rocas cimientos,
 Y si mil altos portentos
 Quieres mostrar á tu gente,
 Viste tu suelo candente
 Con manto de monumentos.

IX.

De tus hechos relevantes
 Eterniza la memoria
 En obeliscos de gloria
 Como tus montes gigantes,

Y en tus senos más distantes,
 Porque tu amor le reveles,
 Ordena que los cinceles
 Tallen en el mármol duro
 Campos en donde el futuro
 Venga á arrojar sus laureles.

X.

Que si á la Patria adorada
 Se le guardan días de afrenta,
 Y audaz invasión intenta
 Pisar su arena sagrada,
 Caerá, mas no mancillada
 Con el gorro del esclavo,
 Y de sus ruinas al cabo,
 De patriotismo modelo,
 La estatua que se alce al cielo
 Será la sombra de BRAVO.

JOSE FERNANDEZ DE LARA.



AL PANUCO

No es Venecia la indolente,
 La sultana de los mares,
 A quien homenaje rinden
 Trovadores inmortales,
 El sacro numen que inspira
 Estos humildes cantares;
 Que la gloria es alimento
 Sólo de las almas grandes,
 Y no ambiciona la mía
 Sino mirar los cristales
 Del manso sonoro río
 Que fecundiza los valles
 De Tamaulipas la bella,
 Y cruzando soledades
 Limpio, callado, tranquilo
 Pagá tributo á los mares.
 ¡Cuántos, ¡ay! en su camino
 Escuchó sentidos ayes
 De hermosuras que vinieron
 A suspirar en sus márgenes!
 ¡Cuántos, Pánuco dichoso,
 De tierno llanto raudales
 Habrán-guardado en tu seno
 Las tampiqueñas amables,
 Rogándote que su nombre
 Y sus infortunios calles!